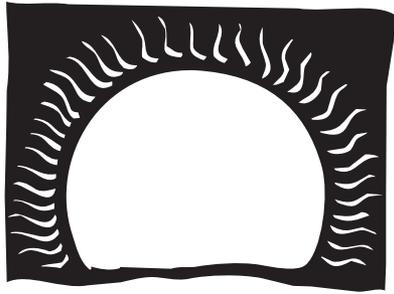






REBECCA GABLÉ

# *Los colonos de Catán*



Traducción de  
Juan Castilla Plaza y Juan Pascual Martínez

  
ALMUZARA

© REBECCA GABLÉ, 2002

*including the story, the names of all the persons and the names of all the locations.*

© 1996/2002 by KLAUS TEUBER & CATAN GMBH

for the as Trademark\* registered names CIE SIEDLER VON CATAN and CATAN and the games upon which they are based as well as the rough story and action outlines.

© de la traducción:

JUAN CASTILLA PLAZA y JUAN PASCUAL MARTÍNEZ, 2014

© EDITORIAL ALMUZARA, 2014

Publicada originalmente en Lübbe en 2003

Primera edición en Almuzara: marzo de 2014

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

COLECCIÓN NOVELA. EDITORIAL ALMUZARA

Director editorial: ANTONIO CUESTA

Edición de JAVIER ORTEGA

Imprime: NOVOPRINT, S.A.

ISBN: 978-84-1582892-1

Depósito Legal: CO-289-2014

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

# Índice

<i>Prefacio</i> .....	7
PRIMERA PARTE. ELASUND .....	11
Capítulo I. Luna de otoño .....	13
Capítulo II. Luna del cazador.....	55
Capítulo III. Luna de Yule .....	95
Capítulo IV. Luna de hielo.....	111
SEGUNDA PARTE. EL VIAJE .....	133
Capítulo V. Luna de primavera.....	135
TERCERA PARTE. CATÁN .....	235
Capítulo VI. Luna de siembra, Año uno .....	237
Capítulo VII. Luna de miel, año uno .....	341
Capítulo VIII. Luna de heno, año uno .....	421
Capítulo IX. Luna de cosecha, año uno.....	443
Capítulo X. Luna de viento, año uno .....	507
CUARTA PARTE. HAGALAZ .....	539
Capítulo XI. Luna de miel, año siete.....	541
Capítulo XII. Luna de heno, año siete .....	595
Capítulo XIII. Luna de la cosecha, año siete.....	631
Capítulo XIV. Luna de otoño, año siete.....	639
Capítulo XV. Luna de viento, año siete.....	695
<i>Notas finales y agradecimientos</i> .....	733



## *Prefacio*

¿Cómo se crea un juego? Probablemente es la pregunta que con más frecuencia se formula a un diseñador de juegos. Para muchas personas parece un misterio que alguien pueda conseguir crear un pequeño mundo en sí mismo, hecho de cartón, madera, plástico y unas cuantas reglas. Un mundo en el que sumergirse, escapar de todo durante un par de horas y encontrarse con otros seres humanos semejantes de un modo distinto y entretenido.

La motivación, y algunas veces incluso el impulso irresistible para comenzar a desarrollar un juego, siempre descansa en una historia. La historia debe fascinarme y despertar en mí el deseo de ser capaz de revivirla una y otra vez en un contexto lúdico.

El punto de partida para el juego *Los colonos de Catán* fue la historia de los descubrimientos. Yo estaba particularmente interesado en los vikingos, quienes, muy adelantados a su tiempo, viajaron hacia Islandia, Groenlandia y América sobre sus barcos dragón y se establecieron con éxito y de forma permanente en Islandia.

En el siglo XIX, Islandia estaba habitada únicamente por unos cuantos monjes celtas. No hizo falta conquistar la isla, pero todo tuvo que ser creado a partir de cero. Se talaron los árboles de la antaño densamente arbolada tierra para construir casas y barcos. Se construyeron carreteras, las ovejas se multiplicaron en ricos pastos, y en poco tiempo creció el grano, aunque no de forma abundante, en la entonces mucho más cálida isla al norte del Océano Atlántico.

¡Era la época de los pioneros! Probablemente, la colonización de Islandia tuvo éxito porque la gente se ayudaba entre sí, comerciaban en paz los unos con los otros y buscaban nuevas formas para construir una sociedad mejor. Alrededor del año 920, los vikingos crearon una asamblea del pueblo: el *althing*. Es la institución parlamentaria más antigua del mundo, y existe aún en nuestros días.

Bueno, Catán no es Islandia, aunque existen muchas similitudes. Catán es también un territorio sin habitar al principio y luego se va desarrollando durante el juego. Se produce madera para construir, se cosecha grano, se extrae hierro de las minas y se fabrican ladrillos con arcilla. Los recursos son empleados para construir asentamientos y caminos; las ciudades crecen, y un activo comercio entre los jugadores ayuda a superar los períodos de escasez. Aunque hay un ganador al final del juego, se trata más de *colaboración* que de competición. Se construyen cosas en vez de destruirse, porque los habitantes de Catán son gente pacífica.

*Los colonos de Catán* se puso a la venta en 1995. El juego tuvo muchísimo éxito desde el primer día. A los tres años de su lanzamiento se habían vendido alrededor de un millón de copias. Desde entonces, se han vendido alrededor de dieciocho millones de copias de las series del juego de Catán en todo el mundo, en más de cuarenta países y en treinta idiomas. Catán ha tenido especial éxito en Norteamérica, principalmente en Estados Unidos. Me complace muchísimo el entusiasmo de muchos fans angloparlantes, que han expresado su afición por los juegos de Catán en una multitud de correos electrónicos, publicaciones en medios sociales, además de en diversas convenciones.

En 1998 pensé por primera vez en lo estupendo que sería plasmar la historia del asentamiento de Catán en una novela. Sin embargo, era una idea desconsoladora, porque yo carecía del talento necesario para escribir una novela y tampoco conocía a

nadie a quien pudiera pedírselo. También tenía la sensación de que no era el momento más oportuno para publicarla.

Puesto que me encanta leer buenas novelas históricas, era inevitable que dos años más tarde me encontrara con la novela de Rebecca Gablé *Das Lächeln der Fortuna*. Me entusiasmó tanto esa novela ambientada en la Edad Media que solo tardé un fin de semana en devorar el libro. Me sentí muy cercano a los personajes a los que Gablé tan magistralmente había dado vida, personajes que no solo eran retratados como gente de buen corazón sino que además tenían debilidades, lo que resultaba esencial para hacerlos creíbles como seres humanos. Quedé impresionado por su narración veraz, intrigante e históricamente bien documentada de la era de la Guerra de los Cien Años en Inglaterra.

Y entonces, cuando probablemente ya había leído tres cuartas partes de la novela, de repente lo supe: Rebecca Gablé escribiría la historia del asentamiento de Catán, o de lo contrario nunca se escribiría.

Durante dos años no había pensado en una novela sobre Catán, pero ahora me sentía como si me hubiese poseído el deseo de contar con Rebecca Gablé como su autora. Luego, cuando visité la feria del libro de Frankfurt en el año 2000, logré conocerla. En realidad tenía pocas esperanzas de que aceptara; después de todo, Gablé era una autora de éxito ya en aquel entonces, y sin duda no tenía necesidad de subirse al carro del éxito que era mi juego.

Sin embargo, para mi alegría, todo salió de otro modo. No tardamos en estar intercambiando correos electrónicos y por fin, en la primavera de 2001, concertamos una reunión en Colonia. Mientras tanto, yo ya había desarrollado un borrador de la trama de la novela tal y como yo la veía, y Rebecca Gablé también había pensado algo al respecto. Cuando empezamos a contarnos las ideas que teníamos, nos quedamos muy sorprendidos: coincidían en su mayoría.

La suerte estaba echada: Rebecca Gablé estaba dispuesta a escribir la historia de la colonización de Catán. A esa reunión le siguieron meses de una colaboración armoniosa y constructiva. Aunque mi única función fue la de crítico, y no encontré mucho que criticar, fue muy emocionante experimentar y acompañar el desarrollo «en vivo» de una novela, por así decirlo.

Me gustaría dar las gracias de todo corazón a la señora Gablé por el tiempo que ha dedicado a esta maravillosa novela que tú, querido lector, tienes ahora mismo en las manos.

KLAUS TEUBER

PRIMERA PARTE

# ELASUND





## CAPÍTULO I

# LUNA DE OTOÑO

—¡Dioses, qué fría está! —exclamó Candamir entre bufidos, ya que al meterse en las negras aguas se le había cortado la respiración—. ¿Por qué no lo hicimos antes de la cosecha? Solo a un loco se le ocurriría nadar en esta época del año.

Osmund movía los brazos con lentitud para mantenerse a flote.

—Deja de quejarte, o el kraken<sup>[1]</sup> de nueve brazos te oírás gritar y vendrá a por nosotros.

—Sí... o la serpiente marina de doce cabezas. ¡Buuu!

Los dos se echaron a reír. Desde que eran unos jóvenes imberbes habían competido nadando cada Luna de Cosecha, aunque por entonces el mayor interés no estribaba en quién cruzaba antes el fiordo, sino en quién atemorizaba más al otro con aquellas historias, reales o imaginarias, sobre monstruos marinos.

—¿Estás preparado? —preguntó Osmund. Su cabello rubio y húmedo brillaba como un fuego fatuo en la oscuridad.

—Te estoy esperando —contestó Candamir.

—Entonces vamos allá.

Las pequeñas crestas de espuma blanca centelleaban bajo la luz de la luna con cada brazada que daban. Se movían con rapidez y casi en silencio a través del agua, avanzando a la par, como

---

1 *Kraken*. Figura de la mitología escandinava. Especie de pulpo que emergía de las profundidades y atacaba a los barcos (*N. del T.*)

dos focas. A su derecha, se alzaba un acantilado blanco y reluciente que se adentraba en el fiordo y servía como rompeolas del puerto de Elasund. Cuando llegaron al extremo más alejado de la península, ya habían sobrepasado más de la mitad del recorrido.

Osmund vio que llevaba una ligera ventaja, aunque no se giró para mirar. Ya no notaba lo fría que estaba el agua, pues se había convertido en su medio, haciendo que se sintiera ligero y pudiese desplazarse con rapidez. Inspiraba profunda y regularmente, y se sintió capaz de cruzar no solo el fiordo, sino de alejarse incluso hasta las lejanas islas que habían fundado su pueblo.

De repente sintió que le agarraban del brazo.

—¡Osmund!

Percibió el horror en la voz de Candamir. Incluso al mejor nadador se le podían agarrotar los músculos en un agua tan gélida. Sin embargo, no parecía que Candamir corriera peligro de ahogarse. Quizá a causa del frío, o por el efecto de la luz de la luna, el rostro de su amigo mostraba una palidez fantasmal mientras miraba hacia la orilla.

Osmund giró la cabeza y miró en la misma dirección, hacia el extremo del fiordo, justo donde se encontraba Elasund. «Ayúdanos, Padre de los Dioses», pensó, aterrorizado. «Otra vez no...».

La aldea estaba envuelta en llamas, y en el puerto había cuatro barcos que no pertenecían a su pueblo.

—¡Vamos hacia el bote! —gritó jadeando.

Aquella misma tarde, un esclavo había llevado una barca a la estrecha playa con forma de media luna al otro lado del fiordo para que Candamir y Osmund pudieran regresar con más facilidad después de su atrevida competición. Al ponerse en pie y echar a correr en busca de aquel bote que el esclavo había dejado con mucho esmero en la orilla, salpicaron agua y arena. Tenían la ropa húmeda, pegada al cuerpo, y corría un frío viento nocturno, pero apenas se apercibieron de ello. Con rapidez, arrastraron el bote hasta el agua, mientras contemplaban cómo ardía otro edificio.

—Es el granero del tío Sigismund —murmuró Candamir mientras se sentaba y tomaba uno de los remos.

—Date prisa, por favor —le pidió Osmund, angustiado por la suerte de su mujer y su hijo.

Bajaron los remos a la vez y el bote no tardó en deslizarse como una flecha sobre las aguas tranquilas y oscuras. Al acercarse a la aldea, oyeron los gritos y el estruendo de la batalla.

—Son los malditos turones otra vez —dijo Candamir en voz baja.

A pesar de tener la ropa húmeda, empezaron a sudar. Remaron en silencio, concentrados en mantener el ritmo, sin dejar de mirar una y otra vez por encima del hombro. Cuando se aproximaron a la aldea, vieron con claridad el combate que se estaba librando en el puerto. Fue entonces cuando ambos recordaron que habían dejado sus armas en la orilla antes de comenzar a nadar.

Cuando vieron que el agua solo les llegaba a las rodillas, saltaron del bote y vadearon hasta la orilla, y, sin nada más que sus propias manos, atacaron a los dos turones que vieron en primer término. Sus adversarios eran expertos y valientes guerreros, pero Candamir logró arrancarle la daga del cinturón a uno de ellos y cortarle el cuello antes de que pudiera darse cuenta de lo que ocurría. El moribundo cayó de rodillas, emitiendo un grito ahogado, mientras Candamir le quitaba la espada de su flácida mano derecha. Miró de reojo a Osmund y vio que, aprovechando que su oponente no llevaba casco, le había derribado golpeándole en la testa con una piedra de gran tamaño y le había arrebatado las armas. Varios enemigos corrieron a su encuentro, pero ellos se pusieron espalda contra espalda. Un individuo corpulento y con una larga barba trenzada se lanzó contra Candamir, blandiendo una espada corta por encima de la cabeza, dispuesto a golpearle. A Candamir le pilló desprevenido y, al ver que no podía esquivar la estocada, le lanzó instintivamente

la daga que empuñaba. El arma silbó en el aire y se clavó en la armadura de cuero del atacante.

Al caer el turón, Candamir pudo ver fugazmente el puerto, y se percató de que una de las naves enemigas ya había desembarcado en él. Desesperado, comprendió que habían llegado demasiado tarde. La había visto antes, en el fiordo, al divisar las primeras llamas, pero entonces no quiso pensar en quién o qué estarían llevando a bordo. Tampoco se dejó distraer por los alaridos de los hombres y mujeres que gritaban, muchos de los cuales reconocía. En su lugar, frunció el ceño con rabia y se lanzó al ataque, haciendo oscilar su espada de un lado a otro.

Resultaba casi imposible poder avanzar entre la aglomeración de turones que había en la orilla. Candamir, preso de una furia ciega, arremetió contra todo aquel que se interponía en su camino.

Bajo la parpadeante luz del granero que ardía en llamas, vio a Harald, el herrero, empuñando una espada en la mano izquierda y el martillo en la derecha, enfrentándose a dos turones. Antes de que Candamir pudiera acudir en su ayuda, vio de nuevo a Osmund, justo en el preciso momento en que mataba a uno de los atacantes de Harald. El herrero se deshizo de su otro oponente y luego, en un gesto de gratitud, alzó el puño con el que aferraba el martillo.

—¡Han encerrado a dos docenas de hombres y muchachos en el granero! —gritó por encima de la algarabía—. ¡Candamir, creo que tu hermano era uno de ellos!

Atónito, Candamir contempló el edificio de madera, que ardía como un leño después de un verano largo y seco.

—Oh, poderoso Tyr, ayúdanos —suplicó en voz baja. Luego, en el último momento, alzó la espada al advertir que un gigantesco turón le atacaba blandiendo una gran hacha de combate.

Osmund observó que los asaltantes estaban llevando a muchas mujeres y niñas a sus barcos. Tenía que llegar a su casa, pero no podía hacer caso omiso de los gritos desesperados de aquellos

que estaban atrapados en el granero incendiado, ni de los golpes que propinaban a la puerta pidiendo ayuda. Dudó durante un instante, y luego se apresuró a matar a un guerrero que se disponía a atacar por la espalda a su primo Jared.

Los dos amigos, junto con Harald y sus vecinos, se abrieron paso a través de la densa horda de turones en dirección a la puerta, que seguía zarandeándose por los golpes que le propinaban los que estaban encerrados. Después, con una tremenda sacudida de su espada, Harald decapitó a uno de los cabecillas enemigos. Los demás turones, al ver aquello, se alejaron del granero y se desplegaron hacia otras zonas de la aldea.

Osmund y Candamir agarraron cada extremo de la pesada viga que bloqueaba la puerta del granero, mientras Harald y los demás guerreros de Elasund corrían hacia el prado que se extendía junto a la orilla, donde parecía que la resistencia era más enconada bajo el liderazgo del valiente Eilhard y Olaf, el tío de Osmund. Del granero comenzó a brotar una espesa nube de humo, rodeando a unas figuras encorvadas que no dejaban de toser.

—¿Hacon?

Candamir agarró a un joven del brazo y le miró fijamente al rostro, cubierto de hollín, pero vio que no era su hermano. Inspiró profundamente antes de cruzar el umbral, con Osmund pegado a él como si fuera su sombra.

Las paredes en llamas les habrían proporcionado algo de luz de no ser porque el humo actuaba como una espesa capa de niebla negra. Caía una lluvia de ceniza y trozos de paja cuando, de repente, vieron una enorme figura ardiendo y gritando que se dirigía hacia ellos, tambaleándose. Osmund empujó al hombre para sacarlo del granero, se quitó la túnica humedecida que llevaba y lo envolvió con ella.

Candamir avanzó a tientas a través de la densa y oscura nube de humo. El calor le quemaba las cejas y hacía que le dolieran los pulmones. Aterrorizado, tropezó con algo que había en el suelo.

Se agachó y reconoció la cara del joven Wiland. Oyó un crujido apagado a su espalda y, cuando se giró, vio una viga del techo ardiendo en el suelo, y luego otra más bajando lentamente, igual que una enorme antorcha cayendo por un largo y oscuro pozo.

Osmund apareció de nuevo a su lado, le agarró de la manga y tiró de él y del cuerpo que tenía agarrado hacia la puerta.

—¡Salgamos de aquí enseguida! ¡El techo se va a derrumbar!

—Hacon... —gritó Candamir, entre tosiendo y sollozando.

Osmund negó con la cabeza. Agarraba con tanta fuerza el brazo de Candamir que parecía estar sujeto a una argolla. Sin decir palabra, sacó a su amigo del granero para que respirase un poco de aire sano. Apenas se habían alejado diez pasos cuando el tejado se derrumbó con un fuerte crujido y una lluvia de chispas.

Candamir dejó a Wiland sobre la hierba. Al ponerse en pie de nuevo, contempló lo que quedaba de la antorcha viviente: una forma humana ennegrecida y horrible, cuya quietud resultaba estremecedora.

—¿Quién... era? —preguntó.

—Tu tío Sigismund —contestó Osmund con calma—. Vamos, Candamir. Si tu hermano estaba ahí dentro, no hay nada que podamos hacer por él. Pero la batalla aún no ha terminado.

Pocos instantes después, se oyó un estridente toque de cuerno, y los turones que combatían en la orilla se replegaron, como si su sed de sangre se hubiera saciado de repente. Mientras trataban de alcanzar las tres naves que quedaban, los aldeanos les persiguieron y se adentraron en el agua poco profunda, intentando llegar hasta los barcos y recuperar lo que les habían arrebatado; pero fue en vano. Los turones ya estaban a bordo y cubrían la retirada con andanadas de flechas que surgían de la oscuridad con un terrible y vibrante sonido. Cuando las veían ya era demasiado tarde, y algunos guerreros de Elasund resultaron heridos antes de poder esquivarlas. Un hombre que estaba justo delante de Candamir recibió un flechazo y cayó al agua, pero él le tomó por las axilas y lo arrastró hasta la orilla.

Los tres barcos piratas se alejaron velozmente, con los remos brillando bajo la luz de la luna como si fueran de cristal.

Todo en la orilla quedó sumergido en un extraño silencio. Se oían algunos gemidos aquí y allá, pero el clamor general se había apagado. Candamir estaba de espaldas al fiordo.

—¿Alguien ha visto a mi hermano?

Los que se encontraban a su alrededor negaron uno a uno con la cabeza, sin atreverse a mirarle a los ojos.

Candamir contempló las ruinas humeantes del granero, uno de los más grandes de Elasund. Cuando eran niños, Osmund y él habían jugado allí, haciendo alarde de su valor al saltar desde la parte superior hasta una pila de paja amontonada en el suelo, reduciéndola y aplanándola a cada salto hasta que la valiosa paja quedó esparcida por todo el granero. Eso enfureció a su tío, que los castigó en cuanto lo descubrió. A pesar de ello, habían vuelto a hurtadillas. Candamir se preguntó si Hacon y sus amigos también habían utilizado el granero de Sigismund para poner a prueba su valor. Era extraño que no lo supiera, que nunca le hubiese preguntado a Hacon sobre eso. Notó de repente que le flaqueaban las rodillas, pero antes de que la desesperación se apoderase de él, oyó una voz jovial.

—Estoy aquí.

Atónitos, los hombres levantaron la cabeza y miraron hacia la copa del gran fresno que se alzaba en mitad del prado de la aldea. El follaje seco del otoño susurró, vieron dos piernas larguiruchas, y a Hacon bajar de un salto. Se acercó, cabizbajo, hacia su hermano.

—Un enorme turón con una barba roja me persiguió hasta aquí —dijo avergonzado. A Hacon solo le restaban tres meses para cumplir los quince años, y se sentía profundamente abochornado por haber huido del combate. Señaló con la barbilla el tronco del árbol—. Eilhard le mató antes de que pudiera subir a por mí.

Candamir suspiró de forma audible. Le pasó el brazo por

encima de sus huesudos hombros y se apoyó discretamente en él mientras observaba con atención su cara. Hacon tenía una fea cuchillada en la frente, pero por lo demás parecía indemne.

—Gracias, Eilhard —dijo en voz alta.

El hombre mayor hizo un gesto de asentimiento.

—Tu hermano es un chico listo —respondió con voz profunda y resonante—. Los menos espabilados murieron quemados en el granero de Sigismund. Jamás vi a los turones hacer algo así.

—Son unos cobardes —dijo Hacon con voz seca, al tiempo que señalaba un cadáver tendido boca abajo, en la orilla—. Bert, el hijo de Sigismund. Uno de los turones le mató por la espalda... Yo lo vi —luego miró hacia los enemigos que se retiraban antes de volverse hacia su hermano—. Bert solo tenía un año menos que yo, Candamir —añadió con amargura.

—Sí, lo sé. Lo siento —contestó Candamir. Siguió hablándole a su hermano, aunque en realidad se dirigía a todos los lugareños—. Siento no haber estado aquí.

Harald, el herrero, le señaló la parte superior del brazo derecho.

—Para ser alguien que no estaba aquí, te veo bastante maltrecho.

La herida estaba húmeda por la sangre. Candamir apenas había sentido el golpe, pero en ese instante recordó el momento en el que se encontraba delante del granero, cuando vio llegar la espada y creyó que perdería el brazo. Y lo habría perdido de no ser porque Osmund apareció de improviso para derribar al inhóspito enemigo. Candamir se giró para buscar a su amigo. Vio la figura alta e inconfundible, con la mata de cabello rubio, alejándose. Osmund se dirigía hacia su casa. Una voz interior le dijo que debía seguirle. Soltó a Hacon.

—¿Mi sajón sigue vivo? —preguntó.

Varios hombres asintieron.

—Decidle que se ocupe de los heridos. Sabe muy bien cómo encargarse de eso. Hacedle caso —dijo Candamir.

Se giró, pero el corpulento y barbudo Siward le agarró por la manga ensangrentada.

—Candamir, no podemos quedarnos de brazos cruzados y dejar que se marchen. ¡Tenemos que perseguirlos!

El joven negó con la cabeza.

—No serviría de nada, Siward.

—¡Pero se han llevado a mi mujer! —Siward le agarró del brazo con más fuerza—. Es la prima de tu madre. ¡Tienes que ayudarme! ¡Tú tienes un barco!

Siward le presionaba la herida con el pulgar, y Candamir dio un tirón para liberarse. Sentía lo que le había ocurrido a Siward, pero también sabía que sería completamente inútil perseguir a los piratas en ese momento. Los barcos de los turones eran naves de guerra, largas y veloces, con veinte pares de remos; con un viento tan débil sería imposible alcanzarlas con un velero mercante como el suyo. Además, aunque cambiase el viento, un solo barco no tenía nada que hacer frente a cuatro.

Aunque resultase un tanto extraño, Olaf, el tío de Osmund, se mostró de acuerdo.

—Tardaríamos al menos una hora en disponer el barco —dijo con voz baja y ronca—. Candamir tiene razón. No serviría de nada.

Olaf era el marino más experimentado y el aldeano más rico de Elasund. Su palabra siempre era escuchada. Siward agachó la cabeza y se limitó a asentir.



Candamir alcanzó a Osmund justo antes de llegar a la puerta de su casa. Una mujer de piel arrugada y cabello gris salió a su encuentro, con los brazos cruzados e impidiendo la entrada.

—Déjame pasar —dijo Osmund con voz extrañamente débil.

La anciana negó con la cabeza.

—Gisla está muerta. Ya no puedes hacer nada.

—Quiero verla.

—No, no creo que debas. Hazme caso.

—¡Maldita sea, Brigitta! ¡Es mi mujer!

—Lo era. Y también mi nieta. Te aseguro que no querrías verla así. Ella no lo habría querido.

Osmund cerró los puños.

—Quítate de en medio, maldita bruja...

Candamir se aproximó y tomó con suavidad a Brigitta del codo.

—Déjale pasar. Sabe lo que hace. Y está en su derecho.

La anciana le miró con desdén, dudando por un instante antes de apartarse. Osmund pasó a su lado para entrar en la casa. No tardaron mucho en oír un grito de angustia. Candamir cerró los ojos con fuerza durante un instante.

Brigitta soltó una carcajada seca.

—Conque sabía lo que hacía, ¿no?

Candamir retrocedió un poco. Como a casi todos los aldeanos de Elasund, la anciana le infundía un vago temor.

—¿Qué... qué sucedió?

—Eran tres —respondió la anciana sin visible emoción—. Pude matar a uno de ellos, pero los otros dos se la llevaron a rastro al dormitorio, cerraron la puerta y...

—¿Cómo está Roric? —interrumpió Candamir con brusquedad.

—Estuvo dormido todo el rato. No le encontraron. Lo escondí en la pila de estiércol... el único sitio donde esos cerdos codiciosos no buscaron.

Candamir asintió. Después de todo, parecía que alguno de los dioses había protegido la casa de Osmund aquella noche, aunque solo fuera a medias. Sin duda, encontraría cierto consuelo al ver que su hijo había sobrevivido. No en aquel momento, pero sí algún día.

—Baja al puerto y ayuda a los heridos —le espetó Candamir a Brigitta.

Era una mujer mordaz y quizá estaba aliada con los demonios y espíritus del bosque, pero era tan hábil como el sajón en lo relativo a curaciones.

—Claro —respondió ella con tono burlón—. Dejaré aquí a los héroes de Elasund, esos que cruzan a nado y sin miedo el fiordo sin ver a cuatro barcos enemigos que reman a plena luz de la luna delante de sus narices.

Candamir no replicó. Sabía que no serviría de nada. Solo alguien que hubiera nadado de noche en el fiordo sabría que ni siquiera bajo la luz de la luna más brillante se podía ver a más de diez pasos de distancia. Además, entre combatir el frío, mantener la dirección y esforzarse por no dejarse llevar por el terror que inspiraba la profundidad insondable que se extendía bajo ellos, era imposible darse cuenta de nada más.

—¿Dónde está tu nieto?

Señaló con la barbilla el interior de la casa.

—Lo dejé al lado del cadáver de su madre, pero mañana tengo que encontrar una madre de leche.

—Entonces no te entretengo...

Brigitta soltó un bufido condescendiente y se alejó mientras se echaba el manto negro sobre los hombros. Candamir la reemplazó en la tarea de vigilar la entrada de la casa de Osmund, para que nadie molestara a su amigo en su congoja.



—¡Amo, amo! ¡Despierte!

Candamir se incorporó sobresaltado y agarró la mano que le sacudía por el hombro. Al ver que era el sajón, le soltó y se frotó los ojos. Tenía la herida del brazo cubierta por un sucio vendaje, pero apenas estaba manchado con un poco de sangre.

—¿A qué viene tanto jaleo? —preguntó malhumorado.

—Amo, uno de los turones sigue vivo. Quieren... quieren

sacarle los ojos, cortarle la... ya sabéis, y tirarlo al mar para que se lo coman los peces.

—Bueno, ¿y qué vamos a hacer con él si no? —replicó Candamir, bostezando y pasándose las manos por el cabello. La negra melena cayó sobre sus hombros. Como la mayoría de los varones del lugar, los mechones que enmarcaban su rostro estaban recogidos en trenzas.

El sajón agitó los brazos con viveza.

—Las personas no deben tratarse entre sí de ese modo —arguyó.

—Dioses, ¿ya vas a empezar otra vez con eso?

El sajón era un individuo pequeño y curioso. Había llegado procedente de Bretaña, y su nombre era tan impronunciable que la gente de Elasund había concluido por llamarle simplemente *Sajón*. A su llegada, dos años atrás, su aspecto resultaba aún más curioso. Tenía la coronilla rapada, y no llevaba ni pan ni oro en su faltriquera; solo una cruz de hierro y un extraño objeto con dos tapas de madera y unas hojas finas de piel seca de animal, adornadas con unas pequeñas y extrañas runas. El sajón dijo que aquello era un «libro», y les explicó que, al igual que la cruz, procedía de su dios; un dios que, según él, era más poderoso que todos los demás dioses. Los aldeanos de Elasund pensaron que lo mejor era matarlo y quemar los regalos de ese dios por temor a que fuera peligroso, pero Osmund se opuso. Como Gisla no quiso al extranjero en su casa, Candamir se lo había quedado como esclavo, y nunca se arrepintió. El sajón era una gran ayuda: sabía mucho de enfermedades y dolencias, y también era muy diestro con los animales de granja. A pesar de ello, seguía siendo un extranjero.

Candamir se incorporó, y fue en ese momento cuando el sajón se percató de que la esclava estaba apaciblemente dormida al lado de su amo. Candamir tiró de la manta de piel para taparle sus pequeños y preciosos pechos, ya que sabía que al sajón le incomodaba ver a las mujeres desnudas. Su esclavo le había con-

tado que muchos hombres de Bretaña se habían rasurado la cabeza y vivían juntos con su dios en unas casas que construían en su honor... y en las que no había mujeres. Candamir llegó a la conclusión de que aquellos hombres rapados y su dios no tenían gran interés en ellas.

—El turón es un enemigo y ha matado a nuestros vecinos —explicó Candamir con voz paciente—. Nuestro deber es vengarlos. Si no lo hacemos, sus espíritus y los dioses a los que adoraban nos acosarían, y con razón.

Incluso el sajón parecía comprender algo así. Sin embargo, siguió discutiendo.

—Si le perdonáis la vida, quizás nos dirá el motivo por el que los turones siempre nos atacan. O cuándo vendrán la próxima vez.

Candamir se puso los pantalones, y luego las botas de cuero de foca, que le llegaban hasta las rodillas.

—No es mala idea —admitió mientras cruzaba las correas alrededor del tobillo antes de atarlas—. Pero nos lo dirá de todas formas. Créeme, nos dirá todo lo que queramos saber.



Mientras se dibujaba el pálido sol del amanecer, Candamir se tomó a toda prisa un cuenco de sopa de pescado, y luego salió de su casa. Al regresar a última hora de la noche, después de su vigilia delante de la casa de Osmund, se fijó en la destrucción que habían causado los turones en sus propiedades, pero hasta que no se hizo de día, bajo la luz gris de la mañana, no advirtió la magnitud de los daños. Comprobó que le habían robado la mayor parte del ganado, y que del establo y el cobertizo que les servían de almacén solo quedaban las estructuras, ennegrecidas. Al menos, sus esclavos habían conseguido esconderse, ya que su casa estaba más alejada de la orilla que casi todas las restan-

tes, pero se preguntó cómo conseguirían sobrevivir al invierno, tanto ellos como los demás.

La aldea de Elasund estaba formada por dos docenas de granjas, cada una compuesta de una casa comunal, establos, graneros y otras edificaciones. Todos esos asentamientos formaban una especie de círculo, y se encontraban lo bastante cerca unos de otros como para que los habitantes pudieran unirse y hacer frente a ataques como el de la noche anterior. La tierra que rodeaba la aldea se utilizaba principalmente como pastizal para ovejas y vacas. Solo unos cuantos aldeanos plantaban cebada, centeno e incluso trigo, pues el clima era demasiado duro y los inviernos demasiado largos. Las plantas no crecían bien. Los habitantes de Elasund tenían que comprar el grano en los puertos del sur.

Candamir bajó acompañado de su hermano y del sajón por la suave ladera hacia el prado, donde se reunían los aldeanos cuando había un asunto importante que debían debatir. Vieron almacenes saqueados, con las puertas medio arrancadas de los goznes, vacas sacrificadas y gallinas pisoteadas que se habían quedado medio enterradas en el barro.

—¿Cuántos han muerto? —preguntó Candamir al sajón.

—Vuestro tío Sigismund, su hijo Bert, y tres de sus siervos —enumeró el esclavo con voz abatida—. Turgot, su hijo, su esposa y un sirviente...

La lista era larga y desoladora: casi una docena de hombres libres y otros tantos esclavos yacían en fila detrás de sus casas. Se habían llevado a diecisiete mujeres y niñas.

—Eso significa que la aldea ha perdido casi una décima parte de sus habitantes libres —concluyó el sajón.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Candamir en tono malhumorado.

—Que uno de cada diez hombres y mujeres ha muerto, o ha sido llevado como esclavo —explicó el monje.

—Por el martillo de Thor... Eso es terrible —murmuró el joven Hacon.

Candamir se mostró de acuerdo.

La mañana era fría y gris, y, aunque la cortante brisa marina llegó acompañada de oscuras nubes, no llovió. Alguien había encendido una hoguera cerca del viejo fresno, y los aldeanos se apiñaban alrededor del mismo, ateridos, exhalando pequeñas nubes blancas en el aire gélido. Osmund estaba un poco apartado del grupo, con el rostro pálido y en silencio. Sostenía a su hijo dormido entre sus brazos, y contemplaba el mar.

Dos jóvenes corpulentos agarraban con fuerza al prisionero por los brazos, a pesar de tener las manos atadas a la espalda. Era un hombre delgado, casi flaco, de unos veinte años, con el cabello y la barba de color rojizo. Tenía las piernas separadas y se balanceaba levemente entre sus dos guardias. Estaba herido; la sangre le corría por la frente y le caía en los ojos. Trataba de mantenerse indiferente a lo que le rodeaba, pero no dejaba de observar el atizador que había en el fuego y que tenía ya la punta al rojo vivo.

Siward, cuya esposa se encontraba entre los raptados, fue el primero en gritarle.

—¡Mira lo que quieras, pero ese atizador será lo último que veas en tu miserable vida!

—Amo... —suplicó el sajón, pero Candamir le hizo callar con la mirada.

Al monje, que en realidad se llamaba Byrhtferth y era hijo de un noble anglosajón, le costaba resignarse a aquella vida de esclavo. Había partido de su hogar para convertir a aquellos pobres salvajes, y conocía los riesgos cuando lo hizo. Sin embargo, no había previsto perder la libertad y su estatus social. Hacía tiempo que tenía asumido que Dios le había impuesto esa existencia como prueba, y eso le permitía soportar mejor la amarga carga de la esclavitud. Sospechaba que el Señor no le libraría de ese destino hasta que no hubiera convertido a aque-

llos bárbaros a la verdadera fe de la caridad y el amor fraternal. Sin embargo, en situaciones como aquella, esa tarea le parecía del todo imposible.

—Acabemos de una vez con este turón —declaró Brigitta—. Tengo frío, y debo ocuparme de los heridos.

«Si tienes frío vete a tu casa, que es donde debes estar», pensó Candamir irritado. Las mujeres no debían asistir al Consejo, la asamblea en la que se reunían de forma habitual los hombres libres de la aldea. Pero nadie se atrevía a decírselo a Brigitta.

—Solo un momento —dijo Olaf, avanzando unos pasos. Llevaba una túnica de lana fina que le llegaba hasta las rodillas, teñida de un color azul oscuro, unos pantalones grises del mismo tejido y unos zapatos de la mejor piel de vaca confeccionados por zapateros de la tierra de los francos. Era un hombre alto y de anchas espaldas, como la mayoría de los aldeanos de Elasund. Tenía unas cuantas mechass de pelo blanco en la melena rubia que le llegaba hasta los hombros, y una barba corta y bien cuidada que le confería aspecto de sabio, pero no de anciano—. Antes quiero hacerle unas cuantas preguntas —añadió mirando fijamente al prisionero con sus ojos azul claro—. ¿Por qué os habéis llevado solo a las mujeres?

Los hombros del prisionero se tensaron cuando le miró directamente y contestó:

—Porque a nosotros también nos quitaron las nuestras y necesitamos mujeres.

La Tierra de los Turones se encontraba mucho más al sur que Elasund, por eso su dialecto les resultó casi incomprensible.

—¿Quién se llevó a vuestras mujeres? —preguntó Olaf.

—Los kuwanos —respondió.

Un murmullo recorrió el grupo como una brisa entre las copas de los árboles. Los kuwanos eran una raza salvaje de guerreros, oriundos de una tierra más allá del mar oriental.

—¿Y por qué no queréis hombres como esclavos? —inquirió Candamir.

Notó la mirada de desaprobación de Olaf. Sabía que era una impertinencia por su parte interrumpirle mientras interrogaba al turón, pero la deferencia no era una de sus virtudes. Además, desde que su padre no regresó de un viaje comercial el otoño anterior, se había convertido en el cabeza de familia y le costaba cada vez más mostrar el debido respeto a los mayores.

El prisionero permaneció callado, como si fuera una deshonra contestar a esa pregunta. Eso enfureció a Candamir, quien se giró hacia los dos jóvenes que le tenían sujeto.

—Sacadle un ojo, a ver si eso le hace hablar.

—No se llevan a los hombres como prisioneros porque han perdido a tantos de los suyos que temen que los esclavos se rebelen —explicó el sajón, entrometiéndose en el interrogatorio.

Candamir le miró por encima del hombro.

—Hoy estás dispuesto a jugarte el cuello, ¿verdad?

El sajón esbozó una sufrida sonrisa.

Su amo se volvió de nuevo hacia el prisionero.

—¿Es verdad lo que dice? —preguntó.

El cautivo asintió a regañadientes.

—¿Y os parece bien venir aquí y hacernos lo mismo que os han hecho a vosotros?

—Todo el mundo tiene que satisfacer sus necesidades —repuso.

Candamir soltó un bufido y dio un paso atrás. Siward utilizó un trapo de cuero para enarbolar el atizador y acercarlo al prisionero.

—¡No! —gritó el sajón interponiéndose entre él y el vengativo Siward, que se quedó titubeando ante el comportamiento indignante del esclavo—. ¡Nadie debe vengarse! Mía es la venganza, dijo el Señor. Solo a quienes muestran bondad les será concedida la misericordia.

Osmund le entregó el pequeño Roric a Brigitta, se abrió paso a empujones y agarró del brazo al monje.

—¿Te refieres a ese dios tan débil que dejó que sus enemigos

le clavaran a un poste de madera? Creo que podemos vivir sin su protección.

Golpeó al sajón en la barbilla y el pequeño monje trastabilló hacia atrás hasta tropezar con el prisionero. Osmund se volvió hacia Siward.

—Hazlo de una vez, o dame el atizador. Estoy harto de esperar. Es uno de los que quemaron a nuestros vecinos, de los que se llevaron a tu mujer como esclava, de los que mataron a mi esposa. Nos debe sus ojos y su vida.

—Osmund —dijo Hacon en voz alta, venciendo su timidez—. Ese hombre no hizo nada de eso —Hacon respetaba mucho al amigo de su hermano, e incluso le tenía algo de miedo, pero apreciaba al esclavo sajón y le fascinaban los relatos que contaba, por eso se armó de valor y añadió—: Ese turón no hizo ningún daño a nadie de los nuestros. Lo dejaste inconsciente golpeándole con una piedra. Lo vi con mis propios ojos —señaló la copa del árbol donde se había escondido la noche anterior—. Claro que podemos vengarnos de él en lugar de sus camaradas, pero los dioses no nos castigarán si no lo hacemos.

Apartando al sajón como si fuese un perro molesto, Osmund miró fijamente al prisionero con el ceño fruncido. Luego consintió, a duras penas.

—Hacon tiene razón. Fue a él a quien le quité la espada, pero de todos modos quiero que muera. Quiero ver su sangre derramada, lo mismo que se derramó la de Gisla.

Harald puso una mano en su hombro.

—Pero si los dioses no exigen su vida podríamos quedárnoslo, Osmund. Anoche perdimos muchos buenos esclavos, y necesitamos gente para trabajar.

—Prefiero reconstruir el granero con mis propias manos —afirmó Siward.

—Bueno, pues votemos —respondió Olaf.

Como Gisla era la esposa de su sobrino, se puso de parte de Osmund y de Siward y votó por matar al prisionero. Candamir

se puso del lado de Osmund, por respeto a su amigo y por las muertes de su tío y de su primo. Como todos los presentes, consideraba que un ataque a los suyos era una ofensa personal, ya que, después de todo, la fuerza de una familia dependía de su tamaño. Sin embargo, la mayoría pensó que el prisionero sería más útil como esclavo que muerto.

Era claro que a Osmund le costaba contener la rabia, pero antes de que pudiera desenvainar la daga y tomarse la justicia por su mano, Olaf hizo un gesto de conformidad a sus hijos y estos se llevaron al prisionero a su granja, para encerrarlo temporalmente en la sauna.

—Osmund, esta noche serás mi invitado —ofreció Olaf—. Brigitta me ha dicho que necesitas una madre de leche para tu hijo. Seguro que encuentras una entre mis criadas. Come y bebe con nosotros, y deja que te ayudemos a consolar tu pena.

Osmund se cruzó de brazos y agachó la cabeza. Habría preferido declinar la invitación, pero a diferencia de su amigo sabía qué era lo más correcto y apropiado.

—Gracias, tío.

Olaf se volvió hacia Candamir.

—Y tú deberías enseñarle modales a tu esclavo.

Candamir miró a su esclavo sin decir una sola palabra, pero en sus ojos grises podía verse claramente la ira que sentía. El monje agachó la cabeza en señal de humildad y, esbozando una discreta mueca, pensó que después de todo la sangre correría aquel día en Elasund, y lo más probable es que fuese la suya. Decidió aceptar lo que fuera necesario con tal de acercarse a Dios.

—Ha llegado la hora de que decidamos qué hacer —razonó Harald—. No podemos seguir así. Los turones nos atacaron en primavera y se llevaron nuestro ganado, y ahora han vuelto para robarnos el heno y las mujeres. ¿Qué harán después?

—Debemos enviar un mensajero al rey —dijo Wiland, el hijo de Siward. Al ver que la única respuesta a sus palabras eran gestos de asombro y risas, se enfureció—: ¡Es nuestro rey, y también

el de los turones! Puede ordenarles que nos dejen en paz y que me devuelvan a mi madre...

No pudo seguir hablando, y agachó la cabeza.

Osmund sintió pena por el chico, que apenas tenía quince años. Él no recordaba a su madre, que había muerto de una fiebre pulmonar pocas semanas después del parto. Su padre le había llevado a una granja vecina, donde había nacido otro primogénito en mitad de la penumbra invernal. Sin embargo, tras morir su madrastra ocho años más tarde —nada más acabar la fiesta de Yule<sup>[2]</sup>, cuando Hacon nació—, supo lo que significaba esa soledad y esa pérdida. Era el recuerdo más triste de su niñez, y recordaba con claridad que tanto él como Candamir se sintieron avergonzados de mostrar su pena en público —lo mismo que le sucedía a Wiland en aquel instante— y que ambos se marcharon a un rincón apartado para llorar. Fue quizás la primera vez que habían hecho algo por separado.

Aunque resultase extraño, esa pérdida del pasado hacía que su pérdida actual resultase más soportable. Su padre le había advertido que ninguna felicidad duraba para siempre, pues no era ese el destino de ningún hombre. Tan solo se trataba de un préstamo de los dioses. Por eso, a pesar de lo desolado que se sentía por la muerte de Gisla, no se sorprendió.

Se acercó a Wisland y le puso las manos en los hombros.

—Dime, ¿quién es tu dios patrón?

—Odín —respondió el muchacho con voz ronca.

—El mío también. Eso es bueno. Te proporcionará el consuelo de su sabiduría. Tu madre se ha ido para siempre, lo mismo que mi mujer, y ni siquiera el rey puede cambiar eso. ¿Quién es el rey? ¿Alguien lo ha visto alguna vez en Elasund? Está tan lejos de nosotros como las estrellas. Deposita tu confianza y tu esperanza en Odín, pues procura nuestra felicidad y al menos nos

---

2 Fiesta relacionada con la mitología germana y el paganismo. Se celebra cada solsticio de invierno (N. del T.)

envía uno de sus cuervos, o un sueño, de vez en cuando. Está más cerca de nosotros que el rey.

El chico levantó la cara hacia Osmund y parpadeó. Aún tenía la cara cubierta de hollín y la mirada desencajada por el horror que había vivido antes de escapar por poco del granero en llamas.

—No lo entiendo. ¿Acaso un rey no debe proteger a los suyos?

—Por supuesto —confirmó Osmund—. Un buen pueblo debería tener un buen rey que hiciera cumplir sus leyes y protegiera la tierra. Por desgracia, no es nuestro caso.

—Si pudiéramos nuestra confianza en el rey, más nos valdría tirarnos de cabeza al fiordo y ahogarnos —aseveró Brigitta con tono lúgubre.

—Entonces preparemos las naves, partamos hacia la Tierra de los Turones y recuperemos a nuestras mujeres y ganado —sugirió Eilhard, que tenía una barba tan blanca como la nieve pero aún era capaz de manejar un hacha de guerra como el mejor de los guerreros—. Los turones están debilitados por los ataques de los kuwanos. El prisionero lo ha dicho. No creo que sea muy difícil.

Pero pocos apoyaron la idea. Dos de los siete barcos de Elasund todavía estaban en el mar, y no volverían de sus largas travesías hasta finales de otoño, o incluso después. Además, con las bajas que habían sufrido la noche anterior, apenas quedaban aldeanos libres para hacer navegar los demás barcos, y menos aún para formar un grupo de guerreros. La opinión unánime fue que cualquier intento de invadir la Tierra de los Turones acabaría en un desastre.

—Quizá tenéis razón —admitió Siward con impaciencia—. Pero si no hacemos nada, lo pasaremos muy mal este invierno. Me han robado o matado el ganado, y me han quemado el pescado seco y el grano que tenía almacenados. Vamos a pasar hambre, y muchos moriremos. Entonces sí que seremos incapaces de defendernos.

Candamir miró al fiordo, donde se encontraba su barco, que tiraba de los amarres por la leve brisa.

—A veces pienso que deberíamos irnos de aquí —dijo—. Buscar un lugar donde el invierno no fuera tan oscuro y no hiciera frío siempre. Donde tuviéramos más de tres lunas al año para engordar el ganado y plantar unas cuantas espigas de grano.

Se oyó un murmullo anhelante. Candamir por fin había dicho en voz alta lo que todos pensaban.

—Sí, mi padre, e incluso el padre de mi padre, y su padre antes que él, todos soñaron con un nuevo hogar. Pero esperaron demasiado tiempo. Los que se asentaron en Irlanda ya no reciben con agrado a los recién llegados. Bretaña pertenece a los anglos, los sajones y los jutos, y ya no quedan más tierras.

Olaf no estaba de acuerdo. Llevaba bastante tiempo pensando en abandonar Elasund, no solo desde que aumentaron los ataques. Era una tierra pobre y no podía alimentar a una población creciente. Aunque era el más rico de la aldea, tenía cinco hijos en los que pensar, y no veía futuro para ellos en Elasund. Ir en busca de una nueva tierra era el único modo de asegurar la supervivencia de su familia. Sin embargo, había que sopesarlo detenidamente. Los aldeanos aún estaban consternados por el ataque de la noche anterior, y no era momento propicio para tomar decisiones tan importantes.

—Debemos hacer dos cosas —dijo dirigiéndose a los aldeanos y evitando hablar de aquel asunto—. Lo primero es conseguir más suministros para el invierno. Eso significa que debemos salir de pesca siempre que el tiempo lo permita. Ya no tenemos tiempo para secar el pescado, pero podemos ahumarlo. El ganado que nos queda habrá que sacrificarlo y salarlo. Después de todo, no tenemos heno con el que alimentarlo todo el invierno. Deberíamos llevar unos cuantos carros con carne al interior, al sur, donde los turones no hayan causado estragos. Quizá incluso podamos comprar unos cuantos sacos de harina.

Y por último, tenemos que planear cómo defendernos de futuros ataques.

La casa de Olaf era la única de Elasund que estaba rodeada por una alta empalizada de madera. La puerta estaba dañada y ennegrecida por el ataque de la noche anterior, pero había resistido. Por esa razón, el acaudalado Olaf era el único que no había sufrido pérdida alguna, ni de gente, ni de ganado ni de ninguna otra clase de posesiones.

Candamir dijo lo que muchos pensaban:

—No todo el mundo tiene tantos esclavos como tú, ni puede permitirse el lujo de utilizarlos para cortar y acarrear madera con la que construir una valla —su voz sonó más agresiva de lo que pretendía.

Olaf le dedicó una sonrisa benévola.

—Bueno, si tanta falta tienes de trabajadores, ¿por qué compraste una nueva esclava el pasado verano en vez de un joven fornido? Quizá te vendría bien pensar con la cabeza de vez en cuando.

La multitud emitió una risita espontánea. Fue la primera muestra de alegría después del ataque. Candamir se sonrojó y también se echó a reír.



Ya era casi mediodía cuando Candamir, Hacon y el sajón volvieron a casa. Ninguno de ellos hablaba, estaban absortos en sus pensamientos. Los esclavos intercambiaron miradas de preocupación al advertir el silencio tan sombrío que irradiaban. Sus temores se vieron confirmados cuando Candamir sacó el látigo.

—Candamir... —tartamudeó Hacon.

—Cállate —ordenó a su hermano con brusquedad—. O tú serás el próximo. No tengo inconveniente, y lo sabes. Si no hubieras metido la nariz, ese maldito turón ya estaría muerto, y Osmund no se habría quedado sin su venganza.

«¿Y de qué le habría servido eso?», estuvo a punto de decir Hacon; pero no se atrevió.

Candamir agarró al sajón del brazo con más fuerza de la necesaria y lo sacó a rastras a través del pequeño patio en dirección al establo. Vieron una vaca en el camino, con la garganta cortada y la cabeza echada hacia atrás en un ángulo grotesco. El almacén situado a la derecha de la granja estaba en ruinas, pero el establo donde en invierno guardaba las ovejas y los caballos aún se mantenía en pie. Se encontraba en el otro extremo del patio, y más allá se extendían los pastos y los campos que ascendían por las laderas de las colinas. Por todas partes se divisaban grupos de abetos y pinos que durante el verano proporcionaban sombra a los animales, y que al otro lado del río formaban un denso bosque.

—Aquí —dijo Candamir con voz ausente.

El sajón miró a su joven amo, que le sacaba más de una cabeza de altura. Se fijó en los anchos hombros, en el puño grande y poderoso que empuñaba el látigo, en sus ojos grises, fríos e inexpresivos. Se le encogió el corazón al observar lo furioso que estaba.

—Bueno, si esa es vuestra voluntad, mi Señor... —respondió con un suspiro.

—No, la verdad es que no —dijo Candamir, que creyó que el sajón le hablaba a él—. Pero esta vez has ido demasiado lejos, ¿no te parece?

—Si os importara lo que pienso, intentaría explicaros por qué lo hice. Fue por la salvación de vuestra alma y la de vuestros vecinos.

—Basta de tonterías. Quítate la túnica y date la vuelta.

El sajón obedeció y se quitó la andrajosa prenda, de un desvaído color gris. No llevaba camisola ni camisa alguna. Dobló con cuidado la túnica, la colocó sobre una pila de madera que había cerca, se inclinó y apoyó las manos en la pared del establo. Luego esperó bajo el frío, apretando los dientes.

Al ver que no ocurría nada, se atrevió a mirar por encima del hombro izquierdo.

—¿Puedo preguntar a qué espera...?

Candamir miraba al otro lado de las praderas. Una figura, todavía demasiado pequeña como para distinguirla, había asomado en la cresta de una de las colinas. Parecía tambalearse un poco, como si transportara una carga pesada.

Candamir se llevó una mano a la frente para protegerse los ojos y ver mejor, ya que, a pesar de las nubes, le cegaba la intensa luz amarilla del otoño.

—¡Oh, poderoso Tyr! —exclamó de repente.

Soltó el látigo y echó a correr. Cruzó de un salto y sin esfuerzo la valla, y se dirigió al trote hacia la figura.

—Y el Señor realizó un milagro y salvó a su indigno servidor —se dijo a sí mismo el sajón—. Al menos, de momento.

Recogió el látigo, lo enrolló y lo escondió tras una pila de leños. Vio que la figura correspondía a una mujer, y se vistió con rapidez. Candamir ya había llegado a la altura de la recién llegada, y durante unos instantes estuvieron hablando, o quizá discutiendo. Dos de los caballos de Candamir que pastaban en la cercanía levantaron la cabeza y les miraron con curiosidad. Finalmente, Candamir tomó el bulto de los brazos de la mujer y bajaron lentamente hacia la granja. El bulto se movía: era un niño. Candamir lo llevaba apoyado sobre la cadera izquierda, y rodeaba los hombros de la mujer con el brazo derecho.

Tenía el cabello oscuro, y el sajón estaba seguro de que nunca la había visto, aunque después de tres años creía conocer a todos los habitantes de Elasund y de los caseríos que había a lo largo del río. Observó con atención a su amo y a su acompañante y les abrió la cancela cuando se acercaron. Pasaron a su lado sin apenas mirarle, y él les siguió hasta la casa. La mujer no tendría los veinte años, y pensó que sería muy guapa de no tener su rostro empañado de lágrimas y pálido por el agotamiento. Además,

estaba en avanzado estado de gestación, y se parecía tanto a Candamir que el esclavo supo exactamente quién era.



Hacon llevaba bastante rato sentado delante del fuego con expresión triste, perdido en sus pensamientos, pero cuando la puerta se abrió, la preocupación de su cara desapareció y esbozó una sonrisa de alegría.

—¡Asta! —se levantó de un salto y corrió hacia ella, pero al fijarse en su cara se detuvo en seco—. ¿Asta?

Ella le tomó de las manos y le sonrió.

—Vaya, Hacon... Ya no puedo llamarte hermanito. ¡Estás tan alto que ahora podrías despreciarme!

—No me atrevería —contestó él con timidez.

Candamir dejó en el suelo el bulto que se removía.

—Hacon, este es nuestro sobrino Fulc.

El pequeño Fulc, de solo tres años, contempló su nuevo entorno con suspicacia, y cuando Hacon se agachó para tomarlo en brazos, el niño le propinó una patada en la espinilla. Hacon contuvo un grito de dolor al mismo tiempo que retrocedía.

Heide, la anciana oronda que se encargaba de la cocina desde que Candamir era poco más que un bebé, observó imperturbable la escena y cruzó sus anchos brazos antes de gruñir:

—Vaya, veo que ha salido a su padre.

El rostro de Asta se ensombreció cuando agarró a su hijo. El niño ocultó la cara en su falda y en la estancia se produjo un incómodo silencio.

Fue Candamir quien lo rompió.

—Para quien no lo sepa... esta es mi hermana Asta. Estaba casada y vivía en Elbingdal, pero los turones también atacaron ayer su aldea y mataron a su esposo, así que ha tenido que volver a su casa.

«Estoy seguro de que oculta algo», pensó el sajón. Sus sospe-

chas se vieron confirmadas casi de inmediato cuando Candamir se giró hacia la cocinera y siguió hablando.

—Olvidaremos lo ocurrido en el pasado. Eso ya no tiene ninguna importancia. Mi hermana y su hijo son bienvenidos a esta casa, y se les tratará con amabilidad y respeto. ¿Entendido, Heide?

—Sí, amo.

—Bien, porque me daría pena tener que echarte a ti o a cualquiera de esta casa con el invierno tan difícil que se nos avecina —las mejillas arrugadas de Heide palidecieron.

Candamir cerró los ojos durante un instante. No tenía ni idea de cómo lograrían sobrevivir al invierno. La inesperada aparición de su hermana y la vieja enemistad que traía consigo suponían una carga muy pesada. Se sentó en el sillón, un asiento ancho y un poco elevado, con un respaldo de madera muy tallada que se encontraba en el centro de la estancia, a la derecha del fuego central. Era la silla reservada para el cabeza de familia, y en ella se habían sentado una larga lista de antepasados. Candamir recordó que durante los primeros meses, tras la muerte de su padre, se sintió como un impostor al sentarse allí. Pero eso era agua pasada. Sentarse en esa silla le proporcionaba una sensación de fuerza y de confianza en sí mismo.

—Traed un banco para mi hermana y mi hermano. Sajón, tráenos cerveza. Gunda, encárgate del niño. Los demás, dejadnos a solas.

Los sirvientes se apresuraron a llevar varios caballetes al lado de la chimenea y colocaron encima una tabla a modo de mesa. Luego situaron un banco a lo largo de uno de los lados y colocaron almohadones y pieles, sobre los que se sentaron Hacon y Asta. Gunda, la hermosa joven frisona de la que había hablado jocosamente Olaf esa mañana, se ganó con rapidez la confianza del pequeño Fulc. Se sentó con él en una manta de piel de foca, al lado del fuego, y le dio pan con miel. El niño no tardó en apo-

yar la cabeza en su rodilla y en cerrar los ojos. Gunda sonrió con complicidad a Asta, y luego bajó la cabeza educadamente.

El sajón llenó una jarra grande con la cerveza del barril y la puso en la mesa junto a tres tazas de barro cocido. Luego miró con gesto inquisitivo a Candamir y señaló con la barbilla la puerta para saber si también debía marcharse. Candamir negó con la cabeza, así que el sirviente se retiró al rincón oscuro que había al lado del barril de cerveza, donde dormía durante la noche.

Había comenzado a llover, y la brisa marina soplaba con más fuerza, silbando al rodear la casa y tirando de los maderos exteriores, pero sin afectar a la gente del interior. El edificio tenía una pared exterior hecha de un entramado de postes de madera y una interior de tablones, además de una capa de tierra prensada que servía de aislante entre ambas. La sala principal no tenía ventanas, así que la única fuente de luz exterior, aparte de la puerta, era el pequeño agujero redondo abierto en mitad del techo, a través del cual entraba a raudales el agua de lluvia para caer en la hoguera. Sin embargo, esa disposición convertía a la sala principal, con su hogar alargado para el fuego, en un lugar cómodo y cálido durante todo el año. En el interior de esa casa se estaba tan resguardado de los elementos como un oso en su cueva.

El fuego chasqueaba con fuerza, y de vez en cuando explotaba una gota de resina, propagando un agradable aroma a pino por toda la estancia. Candamir tomó un largo trago de cerveza y luego llenó su jarra otra vez.

—Asta, cuéntanos qué ha pasado.

—¿Te refieres a lo de ayer, o a los últimos cuatro años?

Su hermano se encogió de hombros.

—A todo.

El ataque río arriba contra Elbingdal había sido igual al sufrido por Elasund. Los turones habían matado a todo aquel que habían encontrado en su camino, habían robado las pro-

visiones y las mujeres y habían encerrado a los hombres, a los niños y al ganado en el granero más grande antes de incendiarlo.

—Nils también murió —confirmó Asta—. Murió quemado con los demás.

Candamir no podía decir que lamentaba la muerte de su cuñado, pero sentía pena por su hermana. Le resultaba extraño verla de nuevo, de forma tan repentina.

Entre ambas familias había existido una rivalidad cargada de odio durante mucho tiempo, y tanto Nils como Asta enfurecieron a sus respectivos padres al casarse. El padre de Asta jamás la perdonó, pero la familia de Nils acabó haciéndolo y lo aceptó en Elbingdal junto a su esposa. Al menos, el matrimonio había establecido una tregua temporal entre las dos familias. Candamir tuvo que admitir que aquello fue algo bueno. Habían puesto fin a una amenaza constante que había sentido durante su niñez.

—Y fueron buenos años —añadió Asta con cierto tono de desafío.

A Nils le había ido bien, e incluso se había planteado encargarle a Berse, el constructor de naves, un barco de ocho pares de remos. Su familia jamás le había mostrado cariño a ella, pero al menos la habían tratado correctamente.

—Pero esta mañana... —Asta se detuvo y se apresuró a llevarse la jarra a la boca para ocultar su emoción ante sus hermanos—. Por culpa de la rabia y la pena se volvieron contra mí como una manada de lobos hambrientos. Yo... huí. Tuve que hacerlo. El tío de Nils tenía un cuchillo de caza en la mano y llamó a Fulc «maldito cachorro de Elasund». Pensé que si me mataban a mí y a Fulc te enterarías y todo empezaría otra vez. Ya ves que no me quedó más remedio, Candamir.

Su hermano se quedó callado. Tras unos segundos de silencio, dijo:

—Me alegra que hayas venido.

Asta suspiró.

—Imagino que te preguntarás cómo vas a alimentar a tu

gente, incluso sin contar conmigo y con mi hijo —bajó la mirada a su hinchado vientre y se corrigió a sí misma—. Con mis hijos.

—No te preocupes. Ya nos arreglaremos de algún modo —la tranquilizó Candamir.

—¿Es muy grave?

Su hermano no intentó engañarla.

—Estamos bastante mal. Todavía tenemos los caballos y las ovejas, porque estaban pastando, pero el resto del ganado está muerto, excepto un viejo buey. En cuanto al almacén... ya lo has visto.

Candamir oyó un leve murmullo en las sombras que había detrás del barril de cerveza y se giró con el entrecejo fruncido.

—¿Qué has dicho?

El sajón levantó la vista y miró a los tres hermanos.

—Dije: «Mirad a los cuervos». Es algo que recordé de mi libro, pero ninguno cree en nada de eso.

—Pues tienes razón —le replicó Candamir irritado. A pesar de ello, sentía curiosidad—. ¿Qué sabe tu extraño dios de los cuervos?

—Mi dios lo sabe todo de todo —contestó el sajón—. Y lo que dice es: «Mirad a los cuervos: no siembran ni siegan, ni tienen graneros ni almacenes, pero Dios los cuida».

—¡Fantástico! —dijo Candamir en tono de burla—. No necesitamos que nos digan que los cuervos tienen menos problemas que nosotros en un invierno duro. Siempre sobreviven, porque son las aves de los dioses.

El esclavo parecía estar a punto de comenzar una explicación sobre la alegoría bíblica, pero Asta le interrumpió:

—Eso me recuerda lo que nos contaba la abuela sobre los cuervos de invierno —dijo mientras contemplaba el fuego con una triste sonrisa.

Era un recuerdo olvidado hacía tiempo, pero que volvió de repente cuando Asta lo mencionó: la madre de su padre les hizo a menudo meterse con ella bajo una gran manta de piel para

contarles relatos. Tenía la voz áspera y ronca de una persona mayor, pero sabía cómo insuflar vida a los mundos imaginarios de los niños.

—¿Cuervos de invierno? —preguntó Hacon. No recordaba a su abuela, porque era muy pequeño cuando ella murió.

—Sí, tu abuela nos hablaba muchas veces de una isla lejana —respondió Asta pasándole la mano por el cabello—. Pero si no recuerdo mal, tú solo querías que te contara relatos de grandes batallas y guerreros. Te ponías ahí, junto al fuego, y te enfrentabas a las sombras con valentía, empuñando tu espada de madera —señaló a su hijo, que se había quedado dormido en el regazo de Gunda—. Pronto le podrás contar a Fulc tus relatos preferidos.

«Si sobrevive hasta la próxima primavera», pensó Hacon con inquietud.

Asta pareció leerle el pensamiento, porque se puso seria y se volvió hacia Candamir.

—Hermano, siento haber aparecido para sumarme a todas las preocupaciones que ya tienes. Sé que no tengo derecho a pedirte ayuda...

—No digas tonterías —la interrumpió Candamir con un bufido. En cierto modo se alegraba de que hubiera vuelto, e incluso estaba sorprendido de lo mucho que la había echado de menos—. Pero debemos planear lo que tenemos que hacer. Sajón, ven aquí. Pon más madera en el fuego y siéntate a nuestro lado.

Sabía que el sajón era inteligente e ingenioso, y que se le daban bien las cifras. Candamir jamás lo admitiría, pero confiaba en el buen juicio de su esclavo más que en el de muchos de sus vecinos, y a menudo seguía sus consejos sin que el sajón lo supiera.

El esclavo trajo un haz de leños del cajón de madera que estaba al lado de la puerta y los echó al fuego. Luego se sentó al lado de Hacon e inclinó con timidez la cabeza hacia Asta en señal de respeto. Ella le sonrió.

—¿Cómo te llamas?

—Byrhtfert, señora.

—¿Cómo?

—Byrhtfert.

—Llámale sajón. Todo el mundo le llama así en la aldea —explicó Candamir.

—Pero Candamir, todo el mundo necesita un nombre —alegó ella.

Candamir se encogió de hombros en un gesto de impaciencia.

—Hasta ahora le ha ido bien sin tener uno —le dijo a su hermana como si no estuviera presente, y le habló de su extraño dios, y de cómo había acabado viviendo con ellos—. Es bastante útil de vez en cuando, pero a menudo se convierte en una molestia irritante. De hecho, estaba a punto de azotarle cuando apareciste.

Asta vio lo avergonzado que estaba el joven monje.

—¿Cómo quieres que te llame? —le preguntó—. Escoge un nombre que pueda pronunciar y así te llamaré.

El sajón se sonrojó hasta las raíces de su claro cabello rubio, pero al fin alumbró una idea que le pareció tan atrevida como irónica.

—Entonces podéis llamarme Austin, señora, si os agrada.

—¿De acuerdo! —Asta accedió con energía y unió las manos sobre la mesa.

Candamir frunció el entrecejo. No le gustaba mucho que su hermana, que acababa de volver a casa, ya tuviera influencia en el modo que se hacían las cosas en ella. Sabía que ese resentimiento era infantil, pero se juró a sí mismo que jamás le llamaría Austin.

—Si no os importa, ¿podemos ocuparnos del problema que tenemos entre manos? —dijo con impaciencia.

—Amo, hay un modo muy fácil de conseguir que todos sobrevivamos al invierno —empezó a explicar el sajón.

—¿De verdad? Estoy impaciente por saber cuál es.

—Podemos subir todos los animales de carga en vuestra nave

y dirigirnos al sur, a uno de los grandes puertos de comercio. Vendemos la nave allí, y con el dinero que saquemos compramos grano, guisantes y pescado seco, que traeremos en los animales de carga —abrió los brazos de par en par—. Viviremos como reyes.

Candamir le miró con incredulidad.

—El *Halcón* es lo más valioso que poseo. Si tenemos buena caza en primavera, llevaré las pieles de foca y los colmillos de morsa a la tierra de los francos y los cambiaré por las excelentes armas que forjan allí. Para eso necesito un barco.

—No iréis a ninguna parte con vuestro barco si morís de hambre —replicó el esclavo.

—Ni hablar —repitió Candamir con firmeza—. Quizás lo mejor sería venderte a ti.

El monje no contestó porque sabía que su amo no hablaba en serio. En lugar de eso, se encogió con aquellos hombros tan pequeños antes de añadir:

—Bueno, todavía es septiembre... Luna de Otoño, quiero decir. Como dice Olaf, aún podemos pescar, e incluso cazar una ballena, lo que nos proporcionaría comida para un mes más o menos. No sacaremos mucho del mar, pero es el momento apropiado para cazar en el bosque. Podemos encontrar nueces y setas comestibles, y si buscamos bien, toda clase de bayas y hierbas.

El sajón sabía que la idea de comer animales del bosque no agradaba demasiado a los aldeanos de Elasund. Casi nadie sabía cómo cazar, y los que lo hacían buscaban osos, comadreja y zorros por sus pieles, no por su carne.

—Bueno, pues a partir de mañana y todos los días que el tiempo lo permita, irás al bosque con las mujeres y recogerás bayas, setas y ese tipo de cosas. Hacon y yo iremos a pescar con Osmund —ordenó Candamir.

—Amo, si pudiera llevarme un arco y flechas...

Candamir negó con la cabeza.

—No —una antigua ley prohibía que los esclavos llevaran

armas. Candamir sospechó que el sajón se había ofendido, así que lo aclaró con una mezcla de compasión e impaciencia—. No desconfío de ti —añadió—, pero si alguien te viera, tendría problemas.

—Podría ir al bosque con él. Yo llevaría el arco —propuso Hacon.

—Tienes la fuerza de un pajarito —se burló Candamir—. Ni siquiera puedes tensar la cuerda del arco hasta la mitad de su recorrido.

—¡Eso no es cierto! —protestó indignado el muchacho—. Puedo...

—He dicho que vendrás a pescar con nosotros, y se acabó. Te necesitamos en el bote.

Hacon sabía muy bien para qué lo necesitaban. Se sentaría desde el amanecer hasta el mediodía en la popa del barco con un cuchillo ensangrentado en las manos para abrir los peces fríos y resbaladizos, y sacarles las tripas también resbaladizas y lanzarlas al mar para atraer más peces. Era un trabajo arduo y repugnante, así que decidió probar de nuevo.

—Podrías llevarte uno de los esclavos.

Candamir le propinó un fuerte golpe en la cabeza con los nudillos.

—Sí que podría, tienes razón, pero a quien me voy a llevar es a ti.

No le gustaba que su hermano pasara tanto tiempo en compañía del sajón. Sospechaba que a Hacon le atraían sus extrañas historias. El sajón era un hombre dócil y de buen corazón, pero Candamir dudaba que su dios fuera tan inofensivo.



Los aldeanos de Elasund enterraron a sus muertos, lloraron por los que habían sido raptados y se prepararon rápidamente para el invierno que se avecinaba. Casi ninguno de los cerdos o vacas

que habían matado los turones servían como alimento, ya que no los habían desangrado, pero antes de quemar los cadáveres les quitaron la piel para curtirla y hacer cuero. Los sirvientes se adentraron en el bosque para talar árboles y utilizar la madera en la reconstrucción de los almacenes destruidos. Las mujeres y los niños se dedicaron a buscar y recolectar todo aquello que el bosque podía ofrecerles para su supervivencia, mientras los hombres se hacían a la mar a diario. Todos rezaban para que las nieves llegaran tarde ese año.

Osmund contempló con expresión sombría la pesca del día mientras desmontaba el mástil de su bote y guardaba los remos. Tan solo unas cuantas merluzas y media caja de arenques.

—No es suficiente —murmuró.

—Nunca es suficiente —comentó Candamir mostrándose de acuerdo antes de saltar al agua, que llegaba hasta las rodillas, para tirar del bote hacia tierra y atarlo a su amarre. Dirigiéndose a Hacon, señaló la pequeña caja de arenques—. Llévalos a casa de Osmund.

—Candamir, esos son tuyos —dijo Osmund—. Yo me llevé la captura de ayer.

Candamir soltó un bufido.

—Eso apenas fue nada. Haz lo que te he dicho, Hacon —aguardó a que el joven se pusiera la caja al hombro y se marchase antes de seguir hablando con Osmund—. Puede que no te importe sobrevivir, pero debes pensar en la gente que tienes a tu cargo y en tu hijo. Necesitará a su padre.

Osmund asintió con gesto seco. Sabía que Candamir tenía razón, aunque no le gustase oírlo. Extendió en silencio las redes para que se secaran en la hierba cercana a la orilla y sacó el resto de la escasa pesca del bote.

—Asta envuelve el pescado en hierbas y lo ahuma sobre un fuego de leña de roble. De vez en cuando le echa un cazo de cerveza. Tienes que probarlo. Está muy bueno.

Osmund notó de repente que se le hacía la boca agua.

—Suenan bien —admitió.

—Pues ven a casa esta noche.

—No puedo. Ya sabes que mañana tengo que viajar tierra adentro con Olaf y Jared para conseguir provisiones, y aún tengo mucho que hacer.

Candamir contuvo un suspiro. Había notado que Asta y Osmund se esquivaban. Estuvieron prometidos antes de que ella se fugara con Nils. A Osmund no le importó mucho, porque en ese momento ya solo tenía ojos para Gísla, pero lo cierto era que no se había pasado por la casa de Candamir desde que Asta había vuelto.

—Que tengáis mucha suerte en el viaje —le deseó Candamir.

Le había confiado a su amigo casi toda la plata que tenía para que comprara harina, avena, guisantes y quizás un poco de heno y semillas para la siguiente primavera.

Osmund se agachó sobre la caja de merluzas y dividió la captura lo mejor que pudo. Tenía las manos agrietadas por el agua helada del mar.

Candamir se miró sus propias manos, que no tenían mejor aspecto.

—A lo mejor Hacon tiene razón. Es un trabajo demasiado ingrato, que no merece la pena. Quizá deberíamos intentar cazar en el bosque.

Osmund se irguió y puso sus manos entumecidas bajo las axilas. Llevaba puesta una túnica sin mangas sobre el abrigo, y una capucha suelta, pero seguía estando helado.

—Ninguno de nosotros sabe cazar un ciervo o un jabalí. Volveríamos con las manos vacías, y dilapidaríamos los pocos días que nos quedan para pescar.

Candamir se encogió de hombros sin dejar de temblar.

—No creo que pase nada si probamos uno o dos días. La situación es desesperada. Razón de sobra para probar algo nuevo.

Osmund estaba acostumbrado a las ideas extravagantes

de su amigo y había asumido años atrás que lo mejor era no responderle.

—Quizá pesquemos algún bacalao grande en los próximos días, y cuando el tiempo se ponga realmente malo podremos sacrificar a las ovejas, ya que no tenemos heno para que sobrevivan al invierno.

—Claro, Osmund. Pero eso no será suficiente —contestó Candamir con impaciencia.

Osmund le miró directamente a los ojos antes de hacer un gesto de asentimiento.

—Lo sé. Pero no podemos hacer otra cosa.



El grupo lo componían cinco: Osmund, Olaf, el hijo mayor de Olaf, Jared, y dos de sus esclavos, y el viaje les llevó cinco días. No paró de llover durante el mismo, y cuando regresaban se vieron atrapados por una tormenta helada que prácticamente les impidió avanzar. Aquellas sendas tan estrechas y llenas de agujeros eran dificultosas incluso con buen tiempo. Osmund iba en la segunda carreta, embutido en su largo abrigo para protegerse del viento, guiando su tiro de bueyes con paciencia y habilidad, con la esperanza de que la tormenta no tardase en amainar.

Habían cerrado los tratos con gran rapidez, y los tres carros estaban cargados a rebosar. Los granjeros del interior habían tenido un buen verano, cálido y húmedo. No habían sufrido incursiones, ni plagas entre el ganado, ni otras catástrofes. Tenían los graneros abarrotados y estaban encantados de compartir su suerte con los vecinos de la costa, siempre y cuando fuese a cambio de una buena cantidad de plata, por supuesto.

Olaf estaba contento por el modo en que había salido todo, y esa mañana comentó a Osmund que iba a quedarse con una pequeña parte de lo conseguido antes de distribuir el resto entre los aldeanos de Elasund.

—Pero, padre... —le respondió Jared indignado—. Son nuestros vecinos, y pasan necesidad. Nosotros tenemos bastante. ¿Por qué quieres...?

Olaf le hizo callar con una bofetada tan fuerte que casi lo derribó del carro.

—¿Bastante? Qué sabrás tú —replicó. Y continuaron el viaje en silencio.

La tormenta había empeorado, y en esos momentos el viento arrojaba contra ellos la nieve medio derretida haciendo que tanto los bueyes como el conductor tuviesen serias dificultades para avanzar. Ese mismo viento parecía a punto de arrancar las pieles con las que habían cubierto la carga.

—¡Mirad! —gritó Olaf para hacerse oír por encima del rugido de la tormenta. Señaló un techo de tejas de madera que apenas era visible en mitad del bosque—. Es una granja. Nos refugiaremos allí y esperaremos hasta que pase lo peor.

«¿Hasta la primavera, por ejemplo?», pensó Osmund con ánimo lúgubre. Jared se mostró más contento.

—¡Gracias a Thor!

Le daba miedo aquella tormenta, y Osmund no podía culparle por ello. Los viejos pinos se inclinaban casi hasta el suelo por la fuerza del vendaval, y en cualquier momento podían acabar aplastados por uno de ellos.

El carro de Osmund se enterró en el barro antes de llegar a la granja aislada, y Jared, él y los dos esclavos tuvieron que emplearse a fondo para sacarlo. Los bueyes fueron incapaces de hacerlo sin su ayuda. Osmund se sintió aliviado cuando vio que llegaban al granero sin que se hubiese roto ninguna rueda o algún eje.

Olaf se acercó a la casa para prepararlo todo y pasar la noche. Mientras los esclavos desenganchaban los bueyes, Osmund y Jared se tendieron sobre las balas de pajas que había en el granero. Jared apartó de su frente los mechones de cabello rubio y estrujó las trenzas que le enmarcaban la cara para que escurriera

el agua. Luego se palpó con cuidado el corte que le había hecho el anillo de su padre en el labio inferior.

—Me pregunto cuándo dejará de pegarme —dijo con pesar—. ¡Ya casi tengo diecinueve años!

Osmund reparó en que Jared solo tenía tres años menos que él, pero parecía mucho más joven.

—Cásate —le aconsejó de modo conciso.

El joven se echó a reír.

—¿Y luego qué pasará?

—Que eso te hará madurar, y ningún padre golpea a un hijo casado.

Jared apoyó la espalda en la pared, extendió las piernas y miró a Osmund pensativo.

—Entonces es que no conoces bien a mi padre —le contestó—. Sabe cómo controlar a la gente, y lo hace con puño de hierro.

—Sí, lo sé.

—Me gustaría casarme. Con Inga, la hija de Siward, por ejemplo. Pero mi padre no me deja. Dice que no hay dote.

—Deberías hacerle caso. Es un detalle más importante de lo que parece.

Jared se rió y movió la cabeza.

—Y eso me lo dices precisamente tú, que no tenías nada aparte de ese trozo de terreno y una casa destartalada. Tu mujer no tenía dote. ¿Cuánto hace de eso? ¿Dos años? Y hoy...

—Hoy sigo tan pobre como entonces, Jared.

Osmund, con ayuda de Candamir, había conseguido construir una nueva casa para Gisla y él trabajando incansablemente. Lo había logrado mientras el pequeño Roric estaba en camino, pero eso fue lo único que tuvo tiempo de hacer. No tenía nada con lo que hacer frente a la hambruna que se avecinaba. De las provisiones del carro solo conseguiría lo que Olaf le había prometido por acompañarlos, ya que no disponía de plata para comprar.

—Bueno, tienes el doble de ovejas que el año pasado —le recordó su primo.

—Pero no tengo barco para llevar la lana al sur y venderla —repuso Osmund—. Jared, nuestro abuelo era rico, pero mi padre se peleó con él, así que tu padre lo heredó todo: la tierra, el barco, el dinero. Mi padre no recibió nada y por eso soy pobre; y mi hijo también lo será. Esta tierra está demasiado agotada como para que un hombre salga adelante. Sé listo y no cometas el mismo error que mi padre.

Jared se llevó la mano a la barbilla y pensó durante unos segundos.

—Al menos tu padre era libre.

—Ningún pobre es libre.

—Me refiero a libre de la tiranía de su padre. Yo jamás seré libre mientras él viva.

—Pero nadie vive para siempre. Y tu padre no es tan malo.

—Eso es lo que tú crees. Tú solo ves su lado bueno. Últimamente se ha interesado mucho por ti. Debes tener algo que quiere. ¿Qué puede ser?

Osmund sacó un trozo de paja de la bala y se lo colocó entre los dientes.

—Quizá me lo podrías decir tú.

Jared alzó las dos manos.

—No tengo ni idea. ¿Tus tierras?

Qué tentador... ¡sus tierras! Un pastizal casi estéril y unos cuantos campos pedregosos. Osmund rió en voz baja.

Olaf se rió con mucha más fuerza.

Jared se sobresaltó y se preguntó con nerviosismo cuánto tiempo llevaba su padre escuchando.

Al parecer, fuera lo que fuese, no le había puesto de mal humor. Les puso a ambos una mano sobre el hombro para hablarles.

—Venid, la mujer del granjero tiene cerdo y judías, y nos va a preparar una pata de cordero —le retorció con fuerza la oreja a Jared, pero de un modo despreocupado, sin hacerlo muy notorio

y sin dejar de mirar a Osmund—. No te preocupes, sobrino. No tienes nada que temer por mi parte.

—No te tengo miedo —respondió Osmund en voz baja.

No lo dijo como un desafío. Simplemente había expresado un hecho. Después de la muerte de Gisla, sentía una indiferencia casi total. Nada le atemorizaba realmente.

Olaf le dio unas palmaditas en su barbuda mejilla.

—Estoy convencido de que tus ojos volverán a brillar cuando sepas lo que quiero de ti, muchacho.

Osmund no sentía demasiada curiosidad, pero puesto que Olaf continuaba mirándole, por fin accedió y se lo preguntó.

—¿Y qué es lo que quieres?

Olaf le soltó la oreja a su hijo.

—Jared, déjanos a solas.

El joven, aliviado, salió del granero y se dirigió a la casa, donde una atractiva mujer le recibió con una sonrisa cálida y una olla de estofado caliente. Una vez saciada su hambre, empezó a charlar con ella. La casa estaba bien caldeada, y el aire impregnado del olor de la carne que se asaba sobre el largo fuego central.

Cuando Olaf y Osmund entraron en la casa, la pata de cordero ya estaba asada y crujiente. Jared levantó la mirada al oír abrirse la puerta. No se sorprendió al ver que su padre había acertado.

A Osmund le brillaba la mirada.

